

Januario Espinosa

Tomás Gatica Martínez, el escritor



UANDO se vino, en calidad de estudiante, desde su tierra chillaneja, Tomás Gatica Martínez amaba mucho más los versos que los códigos. Hizo algunos, de carácter sentimental, que publicaron las revistas; en realidad, no revelaron una inspiración muy alta.

Fué sólo el comienzo. Pronto giró hacia los de carácter humorístico, que reflejaban mejor su barniz de hombre travieso, inclinado al chiste y a la farsa. Por este camino, abordó también la zarzuela, y llegó a producir una, en colaboración con Yáñez Silva, que le produjo mucho dinero, aunque mínima honra.

Saltó de inmediato a la novela, y nos entregó «Gran mundo», pintura de los medios aristocráticos, más bien de las malas costumbres, no con afanes serios de moralista sino con propósitos de entretenimiento, con miras al escándalo. Ningún cuidado por su prosa: un lenguaje periodístico, zumbón en su tono, con tristes caídas hacia lo chocarrero. Libro trazado apresuradamente, con intenciones de venta copiosa. Vinieron a continuación «La Cachetona», «Los Figurones» y «Fifí», calcadas en el mismo molde. Simple literatura de provecho, a costa del arte y de la enjundia.

Fué sólo al final de «La Adelita», publicado en 1927, en donde Tomás Gatica Martínez pareció abandonar su manera algo chabacana, para penetrar más allá de la epidermis. Siguen

hiriéndonos en este libro expresiones ajenas a la finura, las frases en francés introducidas a la fuerza; y hay que anotar también aquí una especial característica, como en los anteriores: aquel mismo escritor que atraía personalmente a las mujeres con sus modales de exquisita galantería, con una especie de ternura, continuaba tratándolas, en general con muy poco respeto en sus libros; así, en la página 192 nos encontramos con esta injuria: «La esposa, enteca, pudibunda y bruta, encéfalo de ostras...» Pero va naciendo, entre esta bazofia, un sentimiento más profundo, el amor en mejor categoría: vehículo de lo trágico. Ello le da también ocasión para elevar un poco su estilo:

«Había vislumbre de sol, vislumbre desteñida, medio verdosa, tinte de limón sin madurar; y se sentía destemplado el aire que hacía cabriolas, arremolinando el polvo y remeciendo los árboles que dejaban volar sus hojas otoñales, como bandadas de mariposas agonizantes que iban a azotar sus alas en el pavimento».

Y la página postrera es de plausible sobriedad y sugerencia:

«Acababa de meterse en la cama, y ya iba a cerrar el botón de la pantalla eléctrica, colocada sobre la mesa de noche, cuando el sonido seco de un balazo, sacudió sus nervios con violencia.

— «¡Dios mío!

«Saltó bruscamente de la cama, se puso las chinelas y se asomó al balcón.

«Al través de la niebla se divisaba un hombre tendido sobre la calle, y brillaba vagamente el acero del revólver.

«Adela bajó la escalera, trémula, con el corazón subiéndosele a la boca.

«René Patiño había cumplido su palabra;

— «Te voy a dejar tranquila para siempre...»

Esta página fué realmente el puente que llevó a Tomás

Gatica por un sendero nuevo, más de acuerdo con su conciencia íntima. Porque aquel hombre que en el trato ligero dejaba la impresión de lo superficial, de lo efímero, ocultaba una sensibilidad que no había querido salir de la sombra. En «La Adelita» asomó en forma rápida; en «El amor de Juan Nadal», publicado el año siguiente, desplegó francamente las alas. La transformación era maravillosa; ningún parentesco con sus pasados desvaríos. En sus anteriores novelas operó al parecer con personajes reales, ligeramente cambiados de nombre. Por lo menos en «La Adelita», tal circunstancia fué para todos evidente: era la vida, con escasos disimulos, de una mujer galante, muy conocida en los altos círculos; y en la tragedia final sólo reemplazó el apellido del personaje, que pertenecía a la mejor sociedad santiaguina. Medios ya viejos para que los lectores acudan. Pero todas aquellas historias se nos daban como simples fantasías. «El amor de Juan Nadal», en cambio, apareció con todas las pretensiones de lo verdadero. «Juan Nadal murió en Buenos Aires, durante el año 1922», nos dice una suerte de prólogo. Y al dar más detalles sobre el real o supuesto amigo, nos suministra el autor referencias propias: «Los dos sentíamos una desmedida afición a la literatura y muy poca simpatía por los códigos. Juan escribía versos y yo borroneaba algunos cuentos que se publicaban en las revistas literarias. Mi santa madre murió en 1904 y el mismo año la de Juan».

Un día Juan le expresó:

—«Hasta hace pocos años yo no conocía el amor. Esta es la primera vez que ha entrado en mi corazón con toda su divina grandeza. Siento una vibración inefable en todo mi ser. Presiento que este amor me desgarrará; pero ya no hay remedio...»

Quien quiera que hubiera leído la obra anterior de Tomás Gatica, podía inclinarse a esta interpretación: «Un gran amor entró en él y con ello un mayor respeto por la literatura».

Juan Nadal va a una propiedad de su amigo Nacho Val-

cázar, en las proximidades de Cartagena. Allí conoce a su hermana Nané, que veranea con su madre y con su hijo Sergio, un niño rubio. Es una divorciada, cuyos ojos hechiceros causan en breve tiempo su trastorno:

«Nané vivirá dentro de mí, transformada en ideal.

«Toda la poesía de mi dolor, y del mar, y de la noche, se fundirán en aquel divino arquetipo y yo, como un vidente, pasaría por las calles, cantando el canto de mi reino interior».

En otra parte escribe:

«Yo, con el beso de Nané en la frente, como si llevase engastada una estrella, me fuí a vagar por el campo, sonriendo a los árboles, a los pájaros y a las nubes...»

¡Cuán diferente el lenguaje al de sus otros libros! Si la poesía no es muy alta, por lo menos es fuerte la intención de hacerla.

Un día, ella lo invita a la playa, y se suscita este coloquio:

—«¿No has tenido curiosidad, me dijo Nané, de saber para que te he traído aquí?

—«Me basta venir contigo, para sentirme dichoso, le respondí.

—«¿Y si fuera para arrojarme al mar? ¿Querrías morir conmigo, Juan?

—«Con toda mi alma, Nané. ¡Qué dulce sentiría entonces el regazo de la eternidad!»

Y salen luego a nuestro encuentro imágenes felices:

«Bordeando la playa, avanzamos ensimismados en la belleza del mar. Yo sentía que el alma se me llenaba de una suavidad infinita, y mis pensamientos eran silenciosas palomas que salían a posarse sobre Nané, en su cabeza, en sus hombros, en sus pies».

Pero sobre aquel romance, que debería ir en alas de ensueño, cae pronto una sombra: la aparición de Madrazo, casado con una hermana mayor de Nané. Es un hombre de cin-

cuenta años, buen mozo y rico, que entra en largas y sospechosas conversaciones con su cuñada. La madre explica que él le maneja sus intereses, con una abnegación ejemplar. La aprensión con que lo mira Juan Nadal tiene al fin su confirmación trágica. Precisamente el mismo día en que los enamorados iban a partir al extranjero para contraer matrimonio fuera de Chile, a ella se le escapa un tiro de su pequeña pistola y se hiere. La escena ocurrió en presencia de Madrazo, actor poco tiempo antes en ciertas violencias contra ella, porque era hombre de inclinaciones bastardas y de procederes rudos,

Aunque la herida no pareció muy seria, la enferma, cuando parece restablecida, siente que el corazón le falla, y muere en brazos de su enamorado enloquecido.

Es una historia triste, tal vez de un romanticismo recargado. ¡Pero qué gran paso en la existencia literaria de Tomás Gatica Martínez! A los cuarenta y cinco años se abría otro horizonte para él: borraba su pasado de extravío y se trazaba un claro futuro. ¿Quién iba a creer que ese era su canto final? Porque después sólo publicó el primer tomo de unos «Ensayos sobre Literatura Hispanoamericana», en 1930. La necesidad de ganar para vivir abarrotó su tiempo, y ya vivió sostenido por la esperanza de una jubilación que lo volviera hacia el dorado sendero. La muerte, con su hacha aguda, cortó su acariciada fantasía. «El amor de Juan Nadal», hermosa promesa, quedó así como su único haber robusto. Al héroe de su libro se lo llevó tempranamente una brusca paralización de la víscera principal: y no pensó tal vez que al describir en el prólogo el amargo suceso, no hacía sino que delinear su propio fin.